

los relatos de calibre  38



# TRAPITOS SUCIOS

© Pablo Hernández Pérez

Por cien pavos por adelantado, acepté reunirme con un tipo llamado Bruno Prats en un cementerio de neumáticos abandonado, en las afueras de la ciudad. La cita era a las once de la mañana y el aire de agosto era tan caliente que la cabeza me ardía como una cefalea equivalente a una resaca triple. Para colmo de males hacía casi una hora que el cliente se tenía que haber presentado, así que dejé pasar cinco minutos más y después me metí en el Porsche dando un portazo y me largué de allí disparado, dejando las marcas de las ruedas en el asfalto y una estela de humo en el aire. Lo que más deseaba en ese momento era regresar al despacho, una ducha helada y un par de tragos que me ayudaran a olvidar mi delicada situación económica.

Sin embargo, lo que encontré fue una rubia sentada frente a mi mesa.

—Espero que sea usted el señor Vicente Folgado —dijo sin quitarse las gafas de sol—. Llevo más de una hora esperando.

Tomé asiento en mi silla y prendí un Lucky tranquilamente. Tenía una boca de labios carnosos y vestía un escotado traje negro que dejaba ver parcialmente unas tetas por las que gustosamente me volvería a dejar romper todos los huesos y dientes de los últimos diez años.

—Es que me gusta generar expectación —contesté bufando el humo—. ¿Con quién tengo el placer de hablar?

—Me llamo Samanta Harper y es mejor que sepa desde el principio que soy actriz porno. ¿Supone eso un inconveniente para usted?

—No tengo nada en contra del porno, es una alternativa al amor y además da trabajo. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Es fácil, se lo explicaré. Hace una semana realicé un trabajito fotográfico que resultó ser un éxito. Logramos obtener imágenes de gran valor artístico, sobre todo durante la postura del misionero. Sin embargo el fotógrafo resultó muerto unos días después, al caer accidentalmente por una ventana de su piso de Benicalap. Después de mover algunos hilos se me permitió visitar la vivienda, pero alguien debió llevarse las fotos, porque allí no estaban.

—Me encantaría echarles un ojo. ¿Desea que las encuentre?

—Exactamente.

—¿Quién cree que podría tenerlas?

—No tengo la menor idea, pero es imprescindible que las recupere. En todos mis años de profesión jamás realicé un reportaje tan excepcional. Creo que si lograra encontrarlas podría venderlas a una revista y retirarme.

—¿Qué puede decirme del fotógrafo?

—Nada, salvo que se llamaba Rodrigo Almendros y que era un profesional de gran talento, según pude comprobar.

—¿Era la primera vez que trabajaban juntos?

—Sí, se presentó un día en mi casa y me enseñó algunos de sus reportajes. Confesó ser un gran admirador de mi trabajo y deseaba que colaborásemos. También dijo que trabajaba por libre porque le resultaba más rentable que hacerlo para alguna de las productoras del sector.

—¿Qué puede decirme de su compañero de cama?

—Es un amigo de toda la vida y no quiere ninguna publicidad. Nunca ha trabajado para la industria del porno y además está casado. Si aceptó hacer el reportaje, fue solo para hacerme el favor. Créame, ni siquiera está al corriente de que hayan desaparecido las fotos, así que prefiero mantener su identidad al margen, si no le importa.

Me recosté en la silla y crucé las manos sobre el abdomen. Si hay una cosa que indefectiblemente no tolero en mi negocio es que el cliente me oculte información.

—Mire, monada, si quiere que trabaje para usted, tendrá que poner todas las cartas sobre la mesa. Nada de secretitos conmigo, o de lo contrario puede levantarse ahora mismo y regresar por donde ha venido.

Sacó un sobre del bolso y me lo entregó, ignorando todo lo que acababa de decir.

—Aquí tiene dos mil euros, creo que es más de lo que gana en todo un mes, a juzgar por esta pocilga a la que llama despacho. Puede quedárselo todo, pero quiero que se hagan las cosas a mi manera. Dentro encontrará también mi teléfono y la dirección del fotógrafo, pensé que podrían serle de utilidad. Llámeme en cuanto recupere las fotografías. Le pagaré una prima extra si lo logra. Tal vez incluso le permita acostarse conmigo. —Hizo una pausa, permitiéndome asimilar todo lo que acababa de decir. Luego añadió—: ¿Qué decía sobre poner todas las cartas sobre la mesa?

La acompañé en silencio hasta la salida y le abrí la puerta con una educación impropia en mí. Odiaba que se fuera. Antes de desaparecer le envié ondas telepáticas diciéndole que deseaba arrancarle el vestido y follármela allí mismo, contra la pared. Pero sus ojos parecían decirme que esperase a resolver el caso.

Cerré la puerta y suspiré.

Supongo que quien algo quiere, algo le cuesta.

Me metí en el Porsche y conduje hasta Benicalap, cuya seña de identidad son los viejos edificios de cemento, los inmigrantes y las heces de perro. También los ciclistas, salvo que no se parecen en nada a los de Ruzafa. Estos circulan con cajas de plástico atadas a la parte trasera de la bicicleta, donde meten todo lo que encuentran en los contenedores de basura y lo arrojan posteriormente al Océano Pacífico, matando a los delfines y destruyendo los arrecifes de coral.

En cuanto eché el pie en tierra comencé a visitar verdulerías, locutorios, peluquerías y otros negocios comunes en el barrio, haciéndome pasar por periodista. Nadie parecía saber con exactitud por qué Almendros se había precipitado al vacío, pero todos querían que hiciese constar en el artículo que el ayuntamiento se había olvidado de ellos. Sobre todo se quejaban de que casi todas las calles estaban llenas de baches, que había muchos coches en desuso desde hace años y que algunos edificios tenían aluminosis o habían sido ocupados ilegalmente por familias de indocumentados y gente sin recursos, la mayoría desplazados por los derribos del Cabañal.

Les prometí a todos que mencionaría sus quejas, comprendiendo al mismo tiempo que entre aquella gente los problemas por el turismo masivo sonaría a broma de mal gusto.

En José Grollo había varios bares. Entré en uno llamado El Murciano y ordené un Doble V con mucho hielo a una camarera famélica que leía una revista acodada en la barra. No sabía nada de la muerte de Almendros, pero sospechaba que tras ese asunto tenían que estar implicados los subsaharianos o los ecuatorianos. Cuando le pregunté en qué se basaba para afirmar eso, confesó no tener nada en concreto en lo que apoyar sus sospechas, pero que

no entendía por qué había que ayudar más a los de fuera que a los propios españoles y que además nos quitaban el trabajo.

—Solo tolero a los paquistaníes porque venden la fruta barata y no se meten con nadie —me dijo tratando de disimular su racismo.

Salí de El Murciano y seguí indagando por el barrio, esquivando las mierdas de perro y evitando rozarme con las esquinas meadas. En Florista me enchufé un Lucky en los morros y me lo fumé mientras hablaba con algunas de las personas que esperaban el tranvía, pero la mitad de ellos no conocían al fotógrafo y la otra mitad no hablaban mi idioma.

Antes de largarme arrojé el cigarrillo al suelo y lo pisé con la punta de la zapatilla. No es que no creyese en eso de mantener limpia la ciudad, lo que pasa es que era consciente de que Benicalap ya no tenía remedio.

En Nicasio Benlloch conocí a Fermín, un vecino de los de toda la vida. Le invité a fumar y después le pedí que me contase todo lo que supiera del fotógrafo. No lo conocía, pero aprovechó también para desahogarse. Dijo que la semana pasada, en un bar de la avenida, dos negros acabaron en el hospital con pronóstico grave y otro se dio a la fuga tras una discusión sobre cuál de sus teléfonos móviles atraía más a las mujeres. Aclaró que no tenía nada en contra de la propietaria del negocio, que era una negra simpática y que él mismo lo visitaba con frecuencia porque la chica tenía dos tetas enormes y siempre iba muy escotada, pero que no le gustaba la gente que entraba allí y que la Policía Local había tenido que intervenir en varias ocasiones.

Me despedí de Fermín y me fui a ver a la negra de las tetas. Mientras me servía el Doble V comprobé que el tipo no había exagerado. No eran tan perfectas como las de mi cliente, pero eran tan grandes que casi requerían andamiaje. Me resultó difícil apartar la vista de ellas, pero finalmente logré girarme con mi copa y busqué la mirada de los cuatro negros que bebían

cerveza en la mesa contigua.

—¿Alguno de vosotros conocía a Rodrigo? —pregunté sorbiendo el whisky.

Alzaron la vista, sorprendidos de que un blanco se dirigiera a ellos, así que repetí la pregunta.

—¿Qué Rodrigo? —preguntó uno que vestía un chándal fluorescente de colores tan vivos que me cegó los ojos—. Conozco a un Rodrigo que tiene un kiosco, y luego está el Rodrigo que tenía un locutorio en la esquina, y el Rodrigo que juega al fútbol en el...

Dejé pasar unos segundos para que mis ojos se acostumbraran al chándal, y luego dije:

—Me refiero al Rodrigo que hace unos días se cayó por la ventana.

—¡Ah, ese Rodrigo! —Se echó a reír, mirando a sus amigos y meneando la cabeza—. No le conocíamos.

—¿Estáis seguros?

Todos asintieron con la cabeza.

—Usted está buscando a Rodrigo Almendros.

Me volví hacia la negra, pero me fue imposible mantener la atención puesta en sus ojos.

—¿Lo conocía? —pregunté a sus tetas.

—Sí, estuvo aquí dos o tres veces. Se pedía una copa de J&B y le duraba hasta que se le derretían los hielos. ¿Es usted periodista?

—Sí, estoy escribiendo un artículo. ¿Qué puede decirme de él?

—Prácticamente nada, era un chico solitario y hablaba poco.

—¿Sabe si tenía enemigos?

—No, nunca me dijo nada de eso.

—¿Estaba usted aquí cuando ocurrió la tragedia?

—Sí, oí unos gritos en la calle y vi a gente que corría en la misma dirección, así que salí a curiosear. El cuerpo de Rodrigo estaba tendido en la acera, sobre un charco de sangre. También vi a Reme junto al cuerpo, con el teléfono en la mano. Reme es clienta habitual de mi negocio. Me dijo que casi le cae encima y que acababa de llamar a Emergencias.

Sorbí el Doble V sin apartar la vista de sus tetas.

—¿Dónde puedo encontrar a esa tal Reme? —inquirí.

—Vive aquí al lado, en Pintor Matarana, en el mismo edificio que el pobre Rodrigo.

Pagué la copa y miré sus tetas por última vez antes de echar a caminar en la dirección indicada.

La mujer que se asomó a la puerta tendría alrededor de cincuenta e iba vestida de un modo informal, con apretados pantalones cortos y una camiseta de La Volta a Peu de 1994 bajo la que se marcaban claramente dos tetas blandas que se desparramaban sobre una barriga esférica. Le mostré la licencia de detective y le dije que quería hablar con ella.

—¿Sobre qué?

—Rodrigo Almendros, su vecino. Tengo entendido que prácticamente le cayó encima.

—Es verdad, pero no se qué podría decir que pudiera servirle. Además, estaba a punto de poner una lavadora y tengo plancha para las próximas tres horas.

Le mostré la mejor de mis sonrisas.

—Le llevará menos tiempo contestar a mis preguntas que tratar de deshacerse de mí —dije.

Lo pensó, se dio la vuelta bruscamente y entró en el piso.

—Sígame —dijo de mala gana—, hablaremos en el balcón. Le doy de tiempo lo que tarde en fumarme un cigarrillo, pero ni un minuto más, ¿entendido?

La seguí por el interior de una casa que parecía decorada a propósito con cuarenta años de retraso. Muebles recargados con fotografías viejas, pomos de latón en forma de huevo y una gran alfombra con dibujos florales. Ignoraba quién lo había decorado, pero tenía que ser alguien con poco dinero y mal gusto, una combinación que en aquél barrio se daba la mayoría de las veces.

El balcón era estrecho y daba a una calle deprimente de viejos edificios en visible mal estado, aunque todos parecían habitados a tenor de la ropa tendida en sus ventanas. Cogió uno de los cigarrillos que le ofrecía, se inclinó hacia la llama de mi Flammarion de oro sólido e inhaló profundamente.

—Gracias —dijo bufando una columna de humo gris—, pero no sé qué le puedo contar. Me paso la mayor parte del tiempo atendiendo la casa. No tengo hijos, pero hago cosas para los viejos que viven en la finca, como plancharles la ropa y algunas chapuzas.

—¿Conocía al señor Almendros? —comencé.

—No demasiado.

—¿Desde cuándo vivía aquí?

—Unos nueve meses, más o menos. Creo que llegó antes de Navidad, si no recuerdo mal.

—¿Vivía solo?

—Sí, nunca le vi con nadie.

—¿Hubo quejas alguna vez? ¿Ponía la música hasta tarde?

—No, nunca hizo fiestas ni puso la música a toda leche. En una ocasión me lo crucé en el ascensor y charlamos. Dijo que no trabajaba desde hacía año y medio y que trataba de ganarse la vida como fotógrafo, pero que era un negocio complicado y que su tía le ayudaba con el alquiler. Me pareció un chico simpático. Eso fue hace un par de meses.

—¿Le dijo que trabajaba para la industria del porno en calidad de fotógrafo?

Me miró algo desconcertada.

—No, no me dijo nada de eso. Lo que me dijo fue que le interesaban los edificios antiguos, los monasterios y esas cosas, aunque también cubría bodas y otros eventos porque era lo único que dejaba dinero.

Todo aquello estaba muy bien, pero no aportaba nada a mi investigación.

—Hábleme de la tragedia —le pedí—. ¿Oyó o vio algo raro?

—Nada, solo un grito y después el trompazo contra el suelo.

—¿Qué hizo a continuación?

—Llamé al 112 y esperé a que llegara la Policía.

Me rasqué la cabeza, pensando qué más podía preguntar. Finalmente le pregunté si había alguien más en el edificio que pudiera aportar alguna información. Me citó a algunos vecinos. También dijo que no hacía falta que subiera al ático, que allí vivían dos viejecitos que estaban de vacaciones en su casa de Albacete y que no volverían hasta septiembre.

Le dio una última calada al cigarrillo hasta llegar al filtro y casi quemarse los dedos, y luego arrojó la colilla a la calle.

—Lo siento —dijo bufando el humo—. No creo haber podido ayudarle.

—Déjeme hacerle una pregunta más, por favor.

—¿Cuál?

—¿Se acercó alguien al cadáver mientras estaba usted allí?

Negó con la cabeza.

—Todos los curiosos dimos por sentado que estaba muerto.

—¿Está seguro de que nadie registró el cuerpo antes de que llegara la asistencia sanitaria?

Se rascó el cuello y me miró con curiosidad.

—Bueno, ahora que lo pienso...

No llegó a terminar la frase, porque en ese preciso instante se produjo un destello y un petardazo, y una décima de segundo después su cabeza explotó como un hongo rojo.

El subinspector Fuster miró el cadáver. Luego me miró a mí y suspiró como si todo aquello le cansara demasiado.

—¿Por qué será que no me sorprende verte aquí, Folgado?

Tendría cuarenta y tantos, mal genio y una boca que parecía una trampa para osos.

—Yo no la maté, Fuster.

—¡Claro, claro! —exclamó cínicamente el policía—. Si tú no la has matado, ¿qué haces junto a su cadáver?

—Estoy investigando la muerte de Rodrigo Almendros, el fotógrafo que arrojaron por la ventana en este mismo edificio. Al parecer esta mujer paseaba

por la calle cuando el cuerpo de Almendros casi le aplasta al caer. Pensé que quizás supiera algo y vine a verla, pero alguien la hizo callar cuando empezaba a cantar.

—Claro que sí, Folgado. Y supongo que no viste al que disparó.

Suspiré con tristeza, dejándole bien claro que no solo no daba pie con bola, sino que además era un caso perdido.

—En cuanto escuché la detonación me eché al suelo instintivamente y me puse a cubierto. ¿Crees que me iba a quedar de pie y exponerme a un segundo disparo?

Me llevé un Lucky a los morros y lo prendí con el Flammarion.

—Sabía que saldrías con algo así...

—¿Vas a detenerme? ¿Haremos todo el teatro? ¿Me leerás mis derechos, las esposas, la llamada de teléfono?

—No será necesario... por el momento. Pero no dejas de ser el principal sospechoso, así que por favor, no abandones la ciudad hasta que todo esto se aclare.

Chupé el cigarrillo y eché a andar hacia la salida sin despedirme.

—Eh, Folgado, una cosa más.

Me detuve y me volví hacia el policía.

—¿Qué pasa?

—Estamos seguros de que la muerte de Almendros fue un accidente, así que no pierdas el tiempo y renuncia al caso.

Me rasqué la cabeza mientras pensaba en la conveniencia o no de renunciar. Luego pensé en Samanta Harper y en el dinero que me había anticipado. También pensé en la prima extra, en sus tetas desnudas y en la promesa de

estrujarlas y besarlas si resolvía el caso.

—No es un consejo, es una orden —me advirtió.

Me reí en su cara y me largué hacia la salida, sintiendo cómo se clavaban en mi espalda sus ojos llameantes como si fueran cuchillos.

Busqué el Porsche, me largué de Benicalap y regresé a Ruzafa. En el bar de mi amigo Limones reconocí a tres o cuatro amiguetes bebiendo en la barra, pero yo agarré un periódico y fui a sentarme en una de las mesas del rincón. Rápidamente Limones acudió a saludarme y a ponerme un Doble V con hielo delante, pero luego se marchó. Sabía siempre cuando necesitaba meditar en vez de hablar, y cuando tal era el caso, me dejaba solo.

Abrí el periódico y me puse a repasar lo que se había publicado con relación a la muerte del fotógrafo. Al parecer, el suceso se produjo en torno a las cinco y media del lunes. Almendros se precipitó al vacío desde su balcón ubicado en el cuarto piso de la calle Pintor Matarana. Un equipo de emergencias desplazado al lugar del siniestro intentó reanimarle por todos los medios, pero al parecer no lograron recomponer todos los huesos rotos. Nadie parecía conocer las causas de la tragedia, pero la Policía trabajaba sobre la hipótesis del accidente.

Sorbí el whisky y reflexioné. Hasta ahora no tenía nada sobre lo que trabajar, salvo unos pocos hechos concretos, algunas suposiciones y muchas conjeturas.

Pasé la página del periódico y seguí leyendo para entretenerme. Un artículo a doble página tenía como protagonista la Torre del Miguelete, símbolo de la ciudad y lugar privilegiado para el suicidio, pues desde su construcción en 1429 al menos 24 personas habían subido sus 207 escalones para posteriormente arrojar al vacío. El artículo recogía a continuación una larga lista con los nombres de todos los suicidas, el último un tal Bruno Prats,

expresidente del consejo de administración de Bankia, amigo personal del Papa y miembro supernumerario del Opus Dei, cuya muerte se produjo el pasado miércoles.

Acababa de empezar a leer la columna deportiva cuando de repente una chispa saltó en mi cerebro. ¿Dónde demonios había oído recientemente el nombre de Bruno Prats?

Cerré los ojos y la chispa se avivó rápidamente, convirtiéndose en una hoguera. ¡Bruno Prats era el cliente que esa misma mañana me dejó plantado en el cementerio de neumáticos!

Según el artículo su muerte se produjo en torno a las siete y media de la tarde, y a mí me había telefoneado sobre las once de la mañana. Había sido una llamada corta, sin más información que la de citarse conmigo la mañana del viernes en el cementerio de neumáticos. Por supuesto quise saber de qué se trataba, pero Prats se empeñó en explicármelo todo en persona. Dijo que había cosas que era mejor no tratar por teléfono y que me pagaría cien pavos solo por reunirme allí con él y escuchar lo que tuviera que decirme.

De pronto la cabeza se me atiborró de preguntas. ¿Qué había pasado en las horas transcurridas entre la llamada y su suicidio? ¿Habría alguna relación con el hecho de que hubiese requerido la ayuda de un detective? ¿Y con la muerte de Almendros? ¿Por qué Dios solo se reveló a los judíos si todos los seres humanos somos iguales?

Ahora me tocaba investigar tres muertes.

Saqué el teléfono y marqué un número mientras sorbía el Doble V a través de los dientes.

—Folgado —dije.

—Hola, capullo —saludó Fuster—. ¿Has aceptado ya que la muerte de Almendros fue un accidente?

—En absoluto. De hecho ahora investigo tres muertes. La de Almendros, la de Reme y la de Bruno Prats.

—¿Bruno Prats? ¿El tipo del Opus que se cayó del Miguelete?

—Eh, ¿qué quieres decir con eso de que se cayó?

—Olvida lo que diga la prensa, fue un accidente.

—Sí, claro, y a María la preñó el Espíritu Santo.

—No te pases de listo conmigo, Folgado. Has tenido suerte de que no te enchironara hace un rato por la muerte de ese tipo de Benicalap.

—Lo que tú digas, listillo. Pero si la muerte de Almendros fue un accidente y la de Prats también, ¿quién mató a Reme?

—Creo que fuiste tú, Folgado. Y estoy dispuesto a jugarme la jubilación a que no me equivoco.

Solté una risita.

—Muy bueno, Fuster. Eres un poli gracioso. Con Mahoney y Tackelberry habrías formado un trío de leyenda.

Colgué el teléfono, apuré la copa de un trago y fui a sentarme en la barra.

—Eh, Limones —dije.

—Dime, Folgado.

Le pasé la copa vacía.

—Llénamela, ¿quieres?

Me quedé pensando mientras esperaba el brebaje, tratando de sacar alguna idea en claro, pero era como intentar colar toda la arena del desierto. Maldita sea, tenía la misma sensación que si me estuvieran horadando el cerebro con un sacacorchos, pero nada en comparación con la depresión que pescaría si

finalmente no lograba resolver este embrollo y acostarme con mi clienta.

—A propósito, Limones —le dije mientras sorbía la copa—. ¿Por casualidad sabes algo de una tal Samanta Harper?

—Nada. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque sé que te gusta mucho el porno, estás al tanto de los estrenos y conoces a todas las actrices nacionales.

Se encogió de hombros.

—Pues es raro, pero no he oído mencionar nunca ese nombre. ¿Qué pasa con ella?

—Hace cosa de unos días realizó un reportaje fotográfico, pero el técnico la palmó en extrañas circunstancias poco después y las fotos no aparecen.

—Pues no sé nada de eso, Folgado, pero se parece mucho al típico asunto sencillo que acaba volviéndose peligroso.

—Puede que tengas razón, Limones, pero la actriz me ha prometido sexo a tope si recupero las fotos.

—No te fíes jamás de las actrices, nunca sabes cuando dicen la verdad.

Le miré.

—Sexo con una actriz porno, Limones.

—Podría resultar peligroso.

—Sexo con una actriz porno.

—Haz lo que quieras, Folgado. Yo solo digo que podría resultar peligroso.

Era inútil razonar con él, así que deslicé un billete sobre la barra y me largué sin esperar el cambio.

Estaba justo en la cumbre de la investigación. Tenía la certeza de que solo me

faltaba una pieza para completar el puzzle, así que me fui a la redacción del Plaza para hablar con Javier Cavanilles, el periodista de sucesos más suspicaz que conocía. Cavanilles estaba al tanto de todos los trapos sucios de las altas esferas y llegaba siempre al lugar del crimen antes que la Policía.

—Necesito que me cuentes todo lo que sepas de Bruno Prats —le dije cuando entré en su despacho sin anunciarme.

El periodista me observó a través de sus gafas de montura negra, proyectando a la vez una sonrisa codiciosa. No era la primera vez que me presentaba en su despacho en busca de información y enseguida olió el negocio.

—Si quieres te lo cuento por cincuenta pavos —dijo.

—De acuerdo, te daré treinta.

—Sesenta. Si piensas hacerme perder el tiempo que sepas que también vale dinero.

Por supuesto sesenta era un precio razonable, pero las reglas de la literatura criminal me obligaban a regatear.

—Empieza a ladrar, Cavanilles —dije metiéndole los billetes en el bolsillo de la camisa—. ¿Qué sabes de ese tipo?

—Sé que es presidente del consejo de administración de Bankia, amigo personal del Papa Francisco y miembro supernumerario del Opus.

—Eso ya lo he leído en otro periódico, así que cuéntame algo que no sepa.

—Vale, tenía cuatro hijas y una mujer envejecida y entradita en carnes. Públicamente era un padre de familia ejemplar, aunque en el periódico sospechamos desde hace tiempo que por las noches llevaba una doble vida.

—¿Crees que tenía una amiguita?

—Nadie ha podido probarlo, pero durante las últimas semanas se le vio

entrando de madrugada en ese viejo edificio de la calle Alboraya.

—¿La Bámbole? Es un antro.

Negó con la cabeza, mirándome como si acabara de soplarle que a Rita Barberá la asesinaron por saber demasiado sobre los reptilianos.

—No, coño. Me refiero a ese otro antro, el Monasterio de la Trinidad.

Me quedé pensando, y pensando sonreí satisfecho. Si se hociquea lo suficiente, hasta un perro viejo y pulgoso encuentra un hueso enterrado de vez en cuando.

En la puerta de madera que daba acceso al monasterio había un cartel en el que se indicaba claramente que Dios no permitía la entrada a su casa a partir de las ocho. Le pegué una patada a la puerta y explotó hecha astillas, cartel incluido. A continuación corrí por largos pasillos sin toparme con alma alguna hasta dar con los aposentos de la suprema abadesa, cuya puerta tampoco ofreció la más mínima resistencia.

—Buenas noches, sor Teresa de la Cruz. ¿O debería llamarla Samanta Harper?

Estaba sentada frente al tocador, con su atuendo monástico, aplicándose una cremita en la cara. Sobre la superficie del mueble descansaba una copa vacía y una Biblia enorme. Al oírme entrar se volvió en mi dirección, con los ojos tan abiertos que creí que se le salían de las cuencas.

—Por el amor de Dios, no debería estar aquí...

—Y usted debería estar en una celda...

—¿De qué está hablando?

—Para empezar no es actriz porno, y para continuar tenía un lío con Bruno Prats.

De repente se puso roja como una remolacha.

—¿Prats? No me suena de nada...

—No se haga la tonta, usted y Prats se veían por las noches en esta misma habitación para jugar a papás y mamás. Una de esas noches Almendros les descubrió por casualidad cuando se encontraba en el monasterio fotografiando piedras, su verdadera pasión. Sabía muchas cosas de usted, como por ejemplo que era la jefa de este lugar, que la castidad es uno de sus votos sagrados y que la Iglesia no toleraría nunca un escándalo de ese calibre. Así que se olió el negocio enseguida, inmortalizó la escena con su cámara desde la ventana y en cuanto tuvo oportunidad le exigió una suma importante de dinero a cambio de no ir con las fotos a la prensa. Por favor, si me equivoco en algo no dude en interrumpirme.

Me sonrió solo con la boca.

—Adelante, señor Folgado. Siempre me gustó la fantasía.

—Lo sé, pero mi historia no tiene nada que ver con serpientes que hablan y hombres que resucitan, sino con la realidad palpable. Usted se reunió con Almendros en su pisito de Benicalap. Ignoro los detalles, pero es casi seguro que se produjo una discusión, forcejearon y Almendros acabó cayendo por la ventana. Sin embargo, ¿dónde estaban las fotos? Rápidamente registró el piso antes de que llegara la Policía, pero no las encontró. Desesperada, acudió a Prats y le contó la historia del chantaje y la posterior muerte del fotógrafo. Entonces decidieron contratar a un detective para que las recuperara. Por eso Prats se citó conmigo en el cementerio de neumáticos. Pero no se presentó a la cita porque estaba tomando el fresco en el depósito de los cadáveres.

La abadesa se mordió tanto el labio inferior que pensé que se lo iba a comer.

—¿Eso es todo?

Negué con la cabeza.

—Por favor, déjeme continuar. Aunque Almendros había quedado eliminado del juego, las fotografías seguían sin aparecer. Prats también había muerto, aunque para usted eso era irrelevante. Lo importante era recuperar las fotos a toda costa, así que se presentó en mi despacho para que yo las encontrara. Sin embargo tampoco podía confiar en mí. Por eso se presentó bajo una identidad falsa y con la historia no menos falsa del reportaje pornográfico. ¿Me equivoco?

Me miró con resignación, comprendiendo que negar mis palabras era completamente innecesario.

—¿Piensa entregarme a la Policía?

—Desde luego que sí. Le fue infiel a su dios con otro tipo y después mató a Almendros, lo que viola algunos mandamientos sagrados. No esperará que después de eso me apiade de su alma...

No aguardó más. El atuendo monástico tenía un discreto cinturón. Se lo soltó y el traje al completo se vino abajo, un homenaje incontestable a la moda de Eva en los tiempos del Edén.

—En estos momentos me da igual lo que quiera hacer con mi alma, señor Folgado. Lo que yo le ofrezco es mi cuerpo.

Miré de arriba abajo aquél cuerpo de escándalo, reflexionando detenidamente. Acostarse con una actriz porno es el sueño de todo hombre en su sano juicio, pero hacerlo con la abadesa suprema de un monasterio católico supera cualquier fantasía imaginable.

Mientras me abalanzaba sobre ella perdí un segundo desabotonando los vaqueros, bajándolos hasta los tobillos y arrancándome los calzoncillos a lo

Hulk Hogan, lo cual fue un error. Porque en ese segundo agarró la Biblia que había sobre la mesa y la abrió. Tenía que ser un libro falso, porque dentro no estaba escrita la ley de Dios, sino la ley de la calle: una pistola Bernardelli, de cañón cilíndrico y con siete balas 9 mm.

—No de un paso más y mantenga las manos alejadas de su arma —me ordenó.

—¿Por qué? ¿No es de su agrado?

—Admito que no está nada mal, pero no me refiero a esa arma, sino a la que esconde en el bolsillo trasero de su pantalón.

Levanté las manos lentamente por encima de la cabeza, sin apartar los ojos de los pezones que me apuntaban directamente al corazón. En ese momento percibimos un ruido y me volví hacia la puerta. Absortos en el palique, no nos habíamos percatado que teníamos visita.

—Suelte la pistola, señora —ordenó el subinspector Fuster, apuntando a la abadesa con su Heckler & Koch reglamentaria—. Lamento haber sospechado de ti, Folgado. Tienes mucha suerte de que lo hiciera. Te seguí hasta aquí y he podido escuchar toda la conversación.

—Yo también me alegro de que estés aquí. Llegas justo a tiempo. Por favor, ponte cómodo y escucha el final de mi historia.

Fuster asintió, pero no se alejó de la puerta mientras seguía apuntando a la abadesa. Yo me encontraba casi en medio de ambos, así que si alguno de los dos abría fuego me dejaría frito.

Me dirigí a la abadesa tratando de no mirar sus tetas, pero lo logré solo a medias.

—Verá, lo que no le he contado todavía es por qué no encontró las fotografías cuando registró el pisito de Almendros, pero la respuesta es evidente: las tenía

el propio fotógrafo en el bolsillo cuando usted lo empujó por la ventana.

—Imposible, Folgado —intervino el policía—. Se registró el cuerpo y estaba limpio.

—Eso es solo lo que dijo el policía que realizó el registro antes que nadie —contesté—. Un poli lo suficientemente inteligente como para comprender que allí había mucho dinero en juego. —Miré a la religiosa y dije—: Si Almendros la chantajeó solo a usted fue porque no conocía la identidad de su amante. Sin embargo, con el poli corrupto ocurrió al revés. Nada más ver las fotos reconoció a Prats, pues era alguien de las altas esferas, pero no a usted, que estaba irreconocible sin su atuendo monástico.

—Espere un momento, detective. ¿Ese policía trató de chantajear a Bruno?

—Así es, le pidió mucha pasta a cambio de las fotografías. Lo que el policía no podía saber es que Prats era un hombre de personalidad frágil, y después de haber cometido adulterio, verse implicado de alguna manera en un asesinato y ser chantajeado después, acabó arrojándose desde el Miguelete antes de tener que enfrentarse a un escándalo que hubiese acabado con él, arrastrando a su familia y a toda esa secta del Opus.

Con el arma todavía en la mano, la abadesa dijo:

—Y supongo que ahora nos dirá el nombre del policía corrupto...

Me agaché para subirme los pantalones y dije:

—Por supuesto, el mismo que tras el suicidio de Prats trató sin éxito de descubrir la identidad de la mujer de las imágenes para continuar con el chantaje. Sin embargo sabía que cometió un error al permitir que Reme le viese sisando las fotografías del cuerpo de Almendros, así que en cuanto tuvo ocasión regresó a Benicalap para eliminarla antes de que le incriminase, lo cual casualmente estaba a punto de suceder. A continuación supo que yo estaba investigando las muertes de Almendros y Prats y comprendió que era la

persona indicada para conducirlo hasta la mujer de las fotografías. Desde ese instante, empezó a seguirme hasta que finalmente llegué a este monasterio, y ahora está aquí. —Me volví hacia la puerta para mirar al policía—. ¿No es verdad, Fuster...?

Lo de agacharme para subirme los pantalones fue una simple estrategia de distracción para poder echar mano de la Duty que llevaba en el bolsillo trasero del pantalón. Así que rápido como un rayo abrí fuego sobre la lámpara que desde el techo alumbraba toda la habitación, la cual explotó de repente y nos sumió en un pozo de tinieblas. A renglón seguido me pegué al suelo en el preciso instante que la Bernardelli y la Heckler comenzaban a crepitar como petardos el día de año nuevo chino. Podía sentir cómo las balas silbaban nerviosas sobre mi cabeza y ver las llamas azules rugiendo furiosas en los cañones. Mientras la abadesa y Fuster se acribillaban mutuamente, me arrastré como una serpiente fuera de la habitación y esperé a que cesaran los disparos. Solo entonces telefoneé a Emergencias y expliqué el motivo de mi llamada.

—Entonces, ¿quiere que pida una ambulancia? —preguntó nerviosa la voz al otro lado de la línea.

—Mejor avise al furgón de los fiambres —contesté enchufándome un Lucky en la boca.

La Policía tardó solo quince minutos en presentarse. Me hicieron un huevo de preguntas durante toda la noche y firmé una declaración más que detallada en la que conté toda la historia sin omitir nada, aunque nadie pareció fijarse en los calzoncillos hechos trizas que aparecieron en el escenario del crimen. También lamentamos no haber encontrado las fotos del chantaje al registrar el cuerpo de Fuster, pero todos nos convencimos de que antes o después

aparecerían.

Cuando aquella mañana pude regresar a mi despacho, estaba exhausto. Me serví un Doble V, me dejé caer en el sofá y mientras bebía saqué ciertas fotografías que había logrado escamotear antes de que llegara la Policía y me excitó mucho observándolas con atención. Puede que no pudiera cumplir mi sueño de acostarme con ella, pero no todo el esfuerzo había sido en balde.

Descolgué el teléfono y marqué un número.

—Con el arzobispo Antonio Cañizares —dije.

Pensé que a ese viejo presumido podrían interesarle las fotos, pero más pensé en el dinero que podía llegar a pagar por ellas.

*Pablo Hernández Pérez (Valencia, 1978), cursó estudios en el Gremio Patronal de Joyeros de Valencia. Fue probablemente su relación con el mundo del oro y los diamantes lo que le llevó a tramar primero y a perpetrar después sus primeros relatos de género negro. Desde entonces ha obtenido diversos premios, entre los que destacan «La cita de Laura», primer premio Expresa Relatos en 2003, «El hombre más fuerte del mundo», primer premio Mimosa: Homenaje a la Novela Negra en 2012, o «Gordo», segundo premio del II Concurso de Relato Negro Fiat Lux en 2015. También ha colaborado en algunas antologías de género negro, suspense y ciencia ficción, con relatos como «Adulterio en primer grado», «Criaturas peligrosas» o «Un paso hacia el amor». Aunque ha amenazado con escribir algún día una novela, actualmente trabaja en una antología de relatos protagonizados por Vicente Folgado, el detective privado más duro, violento y cínico de Valencia, según han podido testificar los lectores habituales de revistas como Calibre .38 o MoonMagazine.*